

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 12 DE ABRIL DE 1931

NUM. 15



MANOLIN Y MANOLITA

MANOLIN Y MANOLITA

Cuando la abuelita vino a Madrid para que la viera el médico, dijo que se volverían con ella al pueblo mamá, Manolita y Manolín para pasar allí todo el verano.

Mamá se puso a hacer las maletas y sacó el baúl grande que tenía debajo de la cama y dijo que para la semana entrante irían. Entonces dijo la abuelita:

—Bueno, pero Manolín y Manolita que se vengan ya hoy conmigo.

Se subieron al tren, luego siguieron su viaje en carreta y por último tuvieron que ir el último trecho en borrico porque la abuelita vivía muy arriba en una montaña.

Al día siguiente los dos hermanitos salieron de la casa, se acercaron al arroyo para coger una piedra muy bonita que se veía debajo del agua y... zás, cataplún; se escurrieron porque las piedrecitas del arroyo estaban todas muy lisitas y escurridizas.

Se levantaron otra vez riéndose porque no se habían hecho daño, pero estaban hechos unas sopas.

Menos mal que es verano y hace calorcito—dijo la abuela—que si no os hubieseis tenido que meter en camita.

Les puso sus ropitas de dormir y colgó los vestidos, las medias, la enagua y las camisitas al sol.

Manolito y su hermanita fueron otra vez al agua, pero ya con más cuidadito. ¿Veis cómo se quedan a la orilla?

Con una concha que su papá cogió en San Sebastián cuando tenía siete años y que se la regaló a la abuelita, están ahora los dos bebiendo agua y como Manolita es la mayor, le dice a Manolín:

—Bebe tú primero, que luego me toca a mí.



EL MENDIGO PECADOR

Con un fraile en un convento quería un pobre confesar, y empezó a presinar con mucho remordimiento. Empezó su confesión diciendo varios pecados, que formarían contados una larga relación.

El fraile, de cuando en cuando, gruñe, arruga el entrecejo, le da al cristiano un consejo y continua escuchando.

Pero al oír lo siguiente: pone una cara que espanta.

—Padre en la Semana Santa pequé, pequé horriblemente.

—Dí la falta cometida y perdonaré el pecado.

—Pues comí carne y pescado en una misma comida.

—¿Promicuaiste?—Sí, señor, padre mucho lo he sentido;

pero no había comido nada en el día anterior,

y al no encontrar otra cosa padre, ¿qué había de hacer?

—Muy sencillo, no comer; esa es la virtud hermosa.

Si tu te hubieras privado del alimento aquel día, Dios y la virgen María tal vez te hubieran premiado.

—Padre... yo... —¡Calla glotón! ese pecado es horrible

y es imposible, imposible concederte mi perdón,

infame, ¿dónde se ha visto

pecado y flaqueza tanta?
mezclar en Semana Santa,
y... ¿qué comiste?

—Jamón ¡qué horror!

¡Hijo, qué impiedad!

¿Te arrepientes?

—Padre, me arrepiento.

—Y ¿porqué, comiste?

—Padre, pues comí,
porque me dieron aquí
lo que sobró en el convento.

EL MELOCOTÓN

Un labrador, volviendo un día del mercado, trajo a sus hijos unos magníficos melocotones.

Como los chicos no los habían visto nunca, quedaron admirados y miraban con placer el hermoso color dorado de aquella fruta cubierta de tierno vello. El padre los repartió entre sus cuatro hijos y se guardó uno para su esposa. El padre les preguntó cuando se iban a acostar que tal les habían sabido los melocotones.

—Deliciosos—dijo el mayor—yo he guardado el hueso para sembrarlo.

—Bien—dijo el padre—esto es pensar como un labrador.

—Yo he comido el mío en seguida—gritó el más pequeño—y he tirado el hueso, y además, mamá me ha dado la mitad del suyo. ¡Ah! eran tan dulces que se deshacían en la boca.

—No indica esto prudencia, pero has obrado como un niño y es propio de tu edad. Bastantes ocasiones tendrás en la vida para ser más prudente.

—Yo he recogido el hueso—dijo el segundo—que mi hermano tiró y le he roto,

comiéndome la almendra que tenía dentro y he vendido mi melocolón y me han dado por él dinero suficiente para comprar una docena cuando vaya al pueblo.

—Esta sí que es previsión—dijo el padre—pero tal vez sea demasiado para un niño. ¿Y tú Edmundo?

—Yo he llevado mi melocotón a Jorge que está enfermo. El no quería cogerlo pero yo se lo he dejado sobre la cama.

—¡Y bien!—exclamó el padre—¿cuál de vosotros ha hecho mejor uso del melocotón?

Todos a una dijeron que Edmundo.

Este guardó silencio y la madre le abrazó con lágrimas en los ojos.

EFFECTOS DE LA INDOLENCIA

En una mañana de Junio, dos niñas, de nueve años la una, y doce la otra, sentadas ambas en la perfumada hierba de un jardín en los alrededores de la pintoresca Valencia, sostenían esta conversación:

—¿Cuándo viene papá, Modesta?

—No sé, Lolita, pero me parece que para los días de mamá, debe estar aquí.

—¿A cómo estamos?

—A 19, el 26 es Santa Ana.

Lolita contó por los dedos.

—Faltan seis días—dijo;—¿y que le regalaremos a mamá?

—Mira, hace ocho días que empecé una labor de tapicería, ya la tengo bastante adelantada; si me quieres ayudar, será cosa de las dos, y el día de su santo, se la daremos y se alegrará mucho.

—¿Qué estás haciendo?

—Un almohadón de sofá; ya ves, la tapicería es muy fácil; ayúdame, ¿quieres?

—No, Modesta, hace mucho calor, y por todo el oro del Perú, no daría una puntada.

—Tú que lo quieres tú te lo ten; tú que lo has empezado, conclúyelo.

—Es verdad—dijo Modesta resentida—yo lo concluiré aunque tuviere que velar.

—¿Y qué le regalarás a mamá? porque cuando venga Gabriel la traerá algo.

—Diré a Anselmo el hortelano que me coja un ramo de flores. Y ahora ¿quieres que vayamos a jugar un ratito? Podemos comer fruta antes de tomar el chocolate.

—No tengo ganas de encaramarme a ningún árbol para romperme el vestido—dijo Modesta sacando un libro del bolsillo de su gracioso delantalito negro.

Lolita se puso a mirar un hormiguero.

Modesta, Lolita y Gabriel que era mayor que ellas y estudiaba medicina en Madrid, eran hijos de un comerciante de Valencia.

Habían ido a pasar los dos meses de más calor en el campo, no tan solo por este objeto; sino porque la delicada salud de Lolita lo exigía así.

Esta se había criado en casa de una hermana de su padre, y la buena señora había mimado demasiado a su sobrina.

La voluble Lolita estaba acostumbrada a hacer en todo su santísima voluntad.

Cuando estaba en la mesa y pedía agua daba con el vaso un fuerte golpe y empezaba a gritar: «agua, agua, yo quiero agua» y no callaba hasta que no le daban agua.

Si salía a paseo, no se dejaba peinar ni lavar: de modo que era una fierecilla.

Tenía nueve años y apenas sabía leer y cosía bastante mal, pasando los días en una completa indolencia: no hacía más que dar vueltas alrededor de la cocina, como una mariposa alrededor de la luz, hasta que concluía por quemarse; esto es tener un cólico.

Murió su tía, y Lolita volvió a casa de sus padres que se propusieron corregir a su hija y quitarla todos estos mimos.

Lolita estaba muy pálida a causa de haber comido tantas golosinas. Estaba muy delgada; sus rubios cabellos bastante largos caían con descuido entre las mallas de una redecilla de torzal negro, y en su espaciosa frente se dibujaban mucho las venas por su delgadez extremada.

Llevaba un traje enteramente liso de muselina rosa y un cinturón azul como sus ojos.

Modesta era el reverso de su hermana. Contaba tres años más, aunque era bastante baja.

Había sido educada por su madre, que tenía tanto talento como virtud, y Modesta había heredado las prendas de aquella. Era caritativa para con los pobres, humilde para con sus padres y respetuosa para con los ancianos; en fin, Modesta era hermosa de cuerpo y alma.

Abrigaba una pasión desmedida por la lectura, y en particular por la Santa Biblia; ese hermoso libro que extasía como una música celeste, era el compañero de Modesta en sus horas de recreo.

No había más que mirarla para decir: esta niña es un ángel.

(Continuará).